



Desafiados por la interculturalidad

El Concilio Vaticano II, al considerar la importancia de la cultura, afirmaba que no se da una experiencia verdaderamente humana sin la inserción en una determinada cultura. La cultura es un modo específico del “existir” y del “ser” de la persona. Ella vive siempre según una cultura que le es propia, y que, a su vez, crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana. Por consiguiente la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico, social y étnico.

Es verdad que las diferentes condiciones ambientales, históricas y sociales a lo largo de los siglos, han introducido una amplia diversidad y mezclas de culturas dentro de la única familia humana. Pero en todas ellas a su vez, sus miembros comparten la misma e idéntica naturaleza y dignidad humana, en la cual, todos son persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libertad, y que, por tanto, tiene por sí misma derechos y deberes, que brotan de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto.

Como consecuencia, el diálogo entre las culturas (interculturalidad), se apoya en la certeza de que hay valores comunes a todas las culturas, porque están arraigados en la naturaleza de toda persona, que es común a todos. La apertura a los valores supremos que son comunes al entero género humano, fundados en la verdad y, en todo caso, universales, como la justicia, la paz, la dignidad de la persona humana, la apertura a lo trascendente, la libertad de conciencia y religión, implica una idea de cultura entendida como aportación a una consciencia más amplia de la humanidad, en oposición a la tendencia, presente en la historia de las culturas, a construir mundos particularistas, cerrados en sí mismos y autorreferentes, que puede hacerlas degenerativas hasta la extinción.

Las culturas toman vida, se reformulan y renuevan una y otra vez a partir del encuentro con el otro. Salir de sí mismos y considerar el mundo desde un punto de vista diverso no es negación de sí, antes al contrario es un necesario proceso de valorización de la propia identidad. De este modo, la persona humana, en cuanto ser relacional, entra en contacto con los otros, y es así como puede vivir y desplegar sus potencialidades. Sus relaciones alcanzan su naturaleza profunda si se fundan en el amor, al cual aspira toda persona para sentirse plenamente realizada, tanto respecto al amor recibido como, a su vez, a la capacidad de donar amor. El amor es la verdadera nobleza de la persona, más allá de su pertenencia cultural, étnica o patrimonial, más allá de la posición social. Es el vínculo más fuerte, auténtico y aceptado, que une a los hombres entre sí y los capacita para escuchar al otro, para otorgarle la atención y estima que merece. Del amor se puede decir que es método y fin de la vida misma para cualquier persona, en cualquier cultura, sin distinción. Esta común característica de nuestra naturaleza humana, es otro factor clave para una auténtica interculturalidad.